

MARCOS CHICOT  
EL ASESINATO DE  
PLATÓN



Marcos Chicot



El asesinato de Platón

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Marcos Chicot, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: octubre de 2020

Depósito legal: B. 13.500-2020

ISBN: 978-84-08-23242-1

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

## Capítulo 1

*Atenas, abril de 371 a. C.*

Altea notó que el bebé comenzaba a salir de su interior. Se retorció sobre el lecho y unas manos le sujetaron los brazos con dureza.

—¡Quieta! —El susurro áspero de aquella mujer la asustó—. Deja que salga.

La criatura apretaba contra sus huesos, forzaba su cuerpo de un modo insoportable. La tensión se incrementó aún más y de pronto sintió que sus caderas se descoyuntaban con un crujido sordo.

El espasmo de dolor hizo que los dedos de la mujer se le clavaran con más fuerza. Notó un cuerpo largo y viscoso que se deslizaba pesadamente contra la cara interna de su muslo, surgiendo de ella sin cesar.

Consiguió levantar la cabeza y sintió que el horror la aplastaba.

La serpiente era gruesa y oscura. Seguía saliendo de su interior, pero la parte delantera ya había llegado al suelo y reptaba en dirección a la puerta. La cabeza afilada se volvió hacia ella con la boca entreabierta. Tenía sus mismos ojos plateados y una lengua delgada que se agitaba entre los colmillos.

El corazón de Altea se detuvo al escuchar su voz sibilante:  
—Madre...

Despertó gritando.

Sentía a la serpiente emergiendo de sus entrañas, bajando con un roce incesante entre sus piernas. Pataleó frenética para huir hacia la parte superior de la cama sin dejar de gritar.

La oscuridad se disolvió y en la alcoba apareció la esclava Melisa con una lámpara de aceite. Altea miró en la cama sin

encontrar al animal que acababa de salir de su cuerpo. Apartó la túnica de un tirón y mostró sus muslos desnudos y la piel sudorosa de su vientre preñado de ocho meses.

—¿Otra pesadilla, mi señora?

«¿Qué...?»

Escrutó la habitación sin responder. No podía ser sólo un sueño, todavía sentía el dolor del brutal alumbramiento, el contacto de aquel reptil enorme...

—Voy a avisar al amo Calipo.

Melisa vio que su señora se giraba hacia ella, aturdida y con las manos crispadas sobre su voluminoso embarazo. En la penumbra sus ojos le parecieron transparentes, tan extraños como los de una criatura del reino de los muertos. Le dirigió a su ama una sonrisa tranquilizadora, encendió con su lámpara otra de pie largo que había en una esquina y salió de la alcoba.

Al alejarse, su sonrisa se disipó como si la arrastrara un viento de invierno. Se esforzaba con Altea porque Calipo le había pedido que tuviera un trato más cálido con ella en los meses finales del embarazo.

«Es una mujer débil.»

Avanzó descalza por el pasillo enlosado mientras protegía la llamita con una mano. Despreciaba a las atenienses de clase alta como Altea, que desde el nacimiento recibían todo lo que necesitaban sin tener que esforzarse. Ella había nacido esclava, pues a su madre la capturaron estando embarazada y los hijos de los esclavos no pertenecían a sus padres, sino a sus amos. En su caso permitieron que su madre se ocupara de ella, probablemente porque era el modo más barato de criar a una niña hasta que tuviera la edad de realizar el mismo trabajo que su madre: satisfacer cada día a quince o veinte clientes del prostíbulo.

Se detuvo frente a la puerta de Calipo y se quedó escuchando. Mientras lo hacía, sus dedos subieron instintivamente hasta el amuleto que colgaba de su cuello por una tira de cuero. Era el único regalo que le había hecho su madre, al cumplir cinco años. Tan sólo se trataba de un trozo pulido de hueso de vaca, pero le había asegurado que la protegería toda su vida.

«Al menos conseguí librarme del prostíbulo.»

En casi todos los recuerdos de su niñez su madre estaba llorando. Incluso cuando se recostaba unas pocas horas por las mañanas no dejaba de gemir con los ojos cerrados. Había muerto cuando ella tenía nueve años y su cuerpo todavía no se había desarrollado, por lo que el dueño del establecimiento decidió venderla para obtener un rendimiento rápido. Por fortuna la compró la madre de Calipo y el único hombre con el que tuvo que acostarse fue el padre de Calipo, que además sólo se acercó a ella tras enviudar y casi siempre la trató con amabilidad.

Desde el pasillo no oía nada. Se acercó a la puerta y habló con voz queda:

—Mi amo, soy Melisa.

Aguardó unos instantes. Iba a volver a llamar a su señor, pero cambió de idea. Desplazó la tela basta de su túnica para que sus pechos se vieran mejor, apoyó la mano en la puerta y empujó con suavidad.

Cuando el hueco fue suficiente, se deslizó en el interior.

La alcoba y el lecho de Calipo eran los que habían pertenecido a su padre, así que los conocía muy bien. Su amo yacía mirando hacia el lado contrario y se quedó contemplándolo. Dormía sin que apenas se oyera su respiración. Acercó un poco más la lámpara e imaginó que apartaba la túnica de dormir de Calipo y se pegaba a su cuerpo. Su amo se ejercitaba regularmente con las armas y tenía una musculatura compacta.

«Disfrutaría más conmigo que con su esposa.»

Altea era una mujer muy bella, pero el cuerpo de Melisa era más voluptuoso. Cuando atravesaba Atenas para coger agua en la Casa de la Fuente, notaba el efecto que producía en la mayoría de los hombres, las miradas lascivas, los comentarios soeces que le dirigían más a menudo que a otras esclavas.

Se sentó con mucho cuidado en el borde del lecho. Calipo respiró profundamente sin llegar a darse la vuelta.

«Yo tendría que ser tu esposa.»

Hubo un tiempo, con doce o trece años, en que soñaba con que aquello se hiciera realidad. Calipo tenía unos veinti-

cinco y había dejado de mirarla como a una niña. Cuando volvía de montar y ella se apresuraba a acercarle una copa de agua, él ya no sólo se limitaba a agradecerse, sino que le dedicaba un par de minutos de conversación. Melisa respondía con gravedad, tratando de hablar como lo haría una buena esposa ateniense, soñando con que lo era en ese momento. Después pasaba el día imaginando que Calipo le concedía la libertad para luego casarse con ella.

Todo cambió cuando el viejo señor de la casa enviudó y decidió que la pequeña Melisa caldearía la soledad de sus últimos años. Entonces Calipo se volvió más distante y las conversaciones desenfadas desaparecieron para siempre. Tras morir el anciano, ella recobró la esperanza, pero Calipo siguió tratándola como a una esclava y finalmente metió en la casa a la maldita Altea.

Se volvió hacia la puerta; le parecía haber oído algo y por un momento temió que apareciera su señora.

«No se atreverá a salir de su cuarto —pensó con desdén—. Debe de seguir en la cama, temblando como una niña.»

Hasta ese último embarazo había mantenido la esperanza de que Calipo repudiara a Altea. En las dos ocasiones anteriores había conseguido que perdiera a los niños gracias a las hierbas abortivas que le ponía en el agua; sin embargo, esta vez no había funcionado.

«Tendría que haber incrementado la cantidad al ver que superaba el primer trimestre. —Pero aquellas hierbas eran venenosas; si Altea caía enferma, podían sospechar de ella—. Y a mí no me repudiarían, me echarían a los perros si supieran que ya he matado a dos posibles herederos.»

Siguió mirando a Calipo mientras reflexionaba.

Finalmente decidió arriesgarse. A partir de ese día, duplicaría la dosis de hierbas.

Altea cerró los ojos y se concentró en las sensaciones que le pudiera transmitir su hijo.

Al cabo de un momento los abrió desesperada. No sentía al bebé, lo único que notaba era un dolor punzante que man-

tenía su tripa tensa. Cerró de nuevo los ojos, intentó relajarse y frente a ella apareció como un fogonazo la cabeza de ojos plateados del enorme reptil. Se sujetó el vientre con ambas manos y miró hacia la luz de la lámpara. Le avergonzaba despertar a Calipo en mitad de la noche por una pesadilla, pero a la vez deseaba que acudiera cuanto antes.

La serpiente era el símbolo de Apolo, dios de la profecía y de la sanación. Sus sueños podían significar que iba a tener un hijo con dotes proféticas, quizás con un don para sanar...

«También pueden augurar que el niño va a nacer deforme.»

Contempló su vientre hinchado y trató de visualizar dentro un bebé sano. Los dos abortos anteriores habían resultado muy duros, todavía echaba dolorosamente de menos a esos hijos no nacidos. Los había imaginado en sus brazos muchas veces antes de perderlos y esos recuerdos eran tan vívidos que parecían reales.

«A ti no voy a perderte», pensó mientras se abrazaba el cuerpo.

Sintió una nueva punzada en el vientre y su rostro se crispó.

No le había hablado a Calipo del contenido de sus pesadillas. Él querría consultar su significado con un intérprete de sueños o algún adivino, como solía hacer la gente, pero ella no quería. De algún modo sentía que si sacaba sus miedos al exterior se podían volver reales, como si concretarlos en palabras pudiera proporcionarles una existencia en el mundo físico.

«Tampoco le he hablado de mis sueños a Platón.»

Eso le hacía sentir que traicionaba el vínculo especial que había entre ellos. Platón era amigo de su padre desde los tiempos de Sócrates, la había visto nacer y durante su infancia había sido para ella como un tío de carácter sobrio, a la vez amable y un tanto torpe con los niños. En la adolescencia habían tenido menos trato, pero aquello había cambiado hacía seis años con la muerte de su madre. Casandra había sido para ella el centro de su vida y su marcha la dejó completamente perdida. En aquel momento Calipo todavía no era su marido, su hermano Eurímaco se encontraba de expedición con el

ejército y Perseo estaba tan afectado que no se daba cuenta de que su hija se estaba hundiendo. El único que supo llegar hasta ella y encontrar el modo de ayudarla fue Platón, y desde entonces ella había acudido a la Academia prácticamente a diario.

«Llevo varias semanas sin asistir.» El embarazo apenas la dejaba dormir desde hacía dos meses y estaba tan agotada que resultaba absurdo plantearse el largo paseo hasta la Academia. Además, bastante reparo despertaba ya la presencia de una mujer como para asistir tan hinchada que parecía que iba a ponerse de parto en cualquier momento.

«Vamos, pequeño, muévete.»

El bebé seguía sin dar señales de vida y se volvió hacia la puerta con el rostro cubierto de sudor.

«Maldita sea, Calipo, ¿dónde estás?»

Calipo suspiró y se removió hasta quedar boca arriba. Sus párpados se entreabrieron y dio un respingo al ver a su esclava Melisa, que estaba sentada en el borde de la cama y se puso de pie rápidamente.

—¿Qué ocurre? —Incorporó el cuerpo con brusquedad—. ¿Es el niño? ¿Viene ya?

—No, mi señor. —Melisa sonrió a su amo, que la miraba con los ojos hinchados de sueño—. No pasa nada, es sólo una pesadilla.

—¿Otra pesadilla? —murmuró Calipo—. Pobre Altea... —Salió de la cama, tomó la lámpara de las manos de la esclava y se alejó pesadamente por el pasillo.

Melisa esperó hasta que la luz se desvaneció por completo. Entonces volvió a sentarse en el lecho de Calipo y deslizó lentamente la mano sobre el colchón, absorbiendo el calor que había dejado el cuerpo de su amo.

Calipo entró en la alcoba de su esposa, dejó la lámpara sobre la mesa de tocador y se arrodilló junto a la cama.

—¿Te encuentras bien?

Altea le sostuvo la mirada y asintió conteniendo las repentinas ganas de llorar. No quería decirle que no sentía al niño, ni que tenía un dolor en el vientre que no remitía.

Calipo la estrechó entre sus brazos.

—¿Has tenido otra pesadilla? —Ella volvió a asentir—. ¿Recuerdas de qué se trataba?

Altea respiró profundamente contra el cuello de su marido. No quería hablarle de aquella serpiente monstruosa.

—Ha sido igual que las otras veces: hay algo que me aterra, pero al despertar no lo recuerdo. —Se apartó para mirar a su esposo; sus ojos de color miel siempre le mostraban ternura—. Siento que Melisa te haya despertado. Yo no lo hubiera hecho, pero creo que he gritado y ella me ha oído.

—No te preocupes. Al menos ahora parece que está más pendiente de ti. —Le acarició la barbilla—. Quizás se haya ablandado al ver que vas a ser madre.

Altea bajó la mirada. Sospechaba que el cambio de actitud de Melisa se debía a que Calipo la había reprendido, pero le parecía injusto hacerlo notar. De un modo u otro, estaba siendo más amable con ella.

—¡Ah...! —Abrió mucho los ojos y se miró el vientre. Un bulto recorría la carne apretando desde su interior—. ¡Pon la mano! —Calipo colocó la palma sobre su piel y ella notó que el bebé golpeaba con firmeza. Aquellos golpes correspondían al movimiento de un niño, no al cuerpo de una serpiente.

—¡Vaya, qué fuerza! —rio Calipo—. Va a ser un guerrero temible.

Altea puso la mano encima de la de su esposo. Sabía que los dos abortos habían afectado mucho a Calipo, y también que su orgullo y su sentido del deber como ateniense hacían que estuviera desesperado por tener un heredero.

«Puede que nazca una niña», se dijo sin cambiar la expresión. Imaginaba que para su esposo sería una decepción, sobre todo después de haber tenido tantas dificultades para que el embarazo siguiera adelante, aunque él nunca lo reconocería. De todos modos, ahora sabía que podía tener hijos. La amenaza del repudio se alejaba, y si en esta ocasión no era un niño, ya lo sería más adelante.

Observó a Calipo, que seguía embelesado con los golpes que daba el bebé.

«Lo importante es que nazca bien —se dijo sintiendo una nueva punzada de angustia—. Os lo ruego, Afrodita y Atenea, Hera y Deméter, que nazca sano.»

Un crujido débil hizo que mirara hacia la puerta.

En la penumbra del pasillo le pareció distinguir, apartándose con rapidez, la túnica oscura de Melisa.